

SUEÑOS DE REVOLUCIONARIO



Vicente Blasco Ibáñez

SUEÑOS DE REVOLUCIONARIO

Entrevistas

Edición y prólogo de
Emilio Sales y Francisco Fuster

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Blasco Ibáñez en un balcón del Hôtel du Louvre,
con la Ópera Garnier al fondo de la Avenue de l'Opéra,
París *circa* 1925

© Del prólogo, selección y edición,
Emilio Sales y Francisco Fuster, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-7354-2019

ISBN: 978-84-17425-29-6

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO

El demonio de la novela, por Emilio Sales y Francisco Fuster	7
CRONOLOGÍA	21

Sueños de revolucionario.

Entrevistas	25
España en América	27
<i>Enquête</i> sobre la mujer argentina: la opinión de Blasco Ibáñez	34
El fez de Tartarín: en casa de Blasco Ibáñez	39
Nuestros grandes prestigios. Vicente Blasco Ibáñez: confesiones de su vida y de su obra	46
Notas gaditanas. Hablando con Blasco Ibáñez: labrador, colono y novelista	91
Los que defienden a los aliados: la obra de Blasco Ibáñez en España y en América Latina	95
La impresión de España	100
Nuestras visitas: Blasco Ibáñez	105
Cartas catalanas: Blasco Ibáñez, cinematografista	116
La novela cinematográfica: hablando con Blasco Ibáñez	123

Desde Montecarlo: una visita a Blasco Ibáñez	129
«El cinematógrafo es la novela de las imágenes.» Una entrevista con Blasco Ibáñez	138
Cómo hace Blasco Ibáñez su propaganda: novelista, vaquero, marino, revolucionario y fundador de ciudades	147
Un gran español: palabras de Blasco Ibáñez	156
El cine de novela: entrevista con Blasco Ibáñez	165
Dice Blasco Ibáñez	169
Desde la Costa Azul: muy lejos y muy cerca de Madrid	172
Desde París: Blasco Ibáñez o el viaje alrededor del mundo	178
Una entrevista con Blasco Ibáñez	181
Informaciones de París: hablando con Blasco Ibáñez	188
Blasco Ibáñez y la revolución	192
Lo que preparan nuestros escritores: Vicente Blasco Ibáñez escribe, fuera de España, novelas de un noble, sereno y verdadero españolismo	199
Una hora con Vicente Blasco Ibáñez	207
La última entrevista con Blasco Ibáñez	213
Recuerdo de una entrevista: con el glorioso maestro Blasco Ibáñez	219
PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS	231
ÍNDICE ONOMÁSTICO	235

PRÓLOGO

El demonio de la novela

Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, 28 de enero de 1928) fue un hombre extraordinario cuya azarosa peripecia vital desbordó, con creces, los ya de por sí extensos límites de ese tipo de vidas a las que solemos aplicar el calificativo de «novelescas». En el caso de Blasco Ibáñez, dicho adjetivo se queda corto, pues nos encontramos ante un personaje verdaderamente camaleónico, poliédrico y versátil, cuya naturaleza resulta imposible de encajar en cualquier molde, etiqueta o categoría de las que usamos para clasificar la obra de nuestros antepasados.

Y decimos esto porque, además de político y escritor, facetas con las que habitualmente lo asociamos, Blasco Ibáñez fue periodista (escribió para distintos medios y dirigió durante una década el diario *El Pueblo*, que él mismo había creado en 1894), editor (socio y director literario de la editorial F. Sempere y C.^a, luego rebautizada como Prometeo), colonizador (fundó dos pueblos en la Argentina que se suponía que iban a ser un negocio muy lucrativo y terminaron siendo un fracaso) y guionista (al ver el éxito que tuvo la adaptación

al cine de alguna de sus novelas, quiso probar fortuna en un oficio con el que, ingenuamente, pensaba conquistar Hollywood). Fue, en definitiva, un valenciano universal que, a su carácter afable y espontáneo, en ocasiones rudo y fanfarrón, unió la facultad de ser un visionario que siempre fue un paso por delante del resto, valiéndose de su intuición (no siempre acertada) y, sobre todo, de una fuerza de voluntad inmarcesible.

Aunque en más de una ocasión insinuó la posibilidad –alimentada, según él, por sus admiradores, siempre deseosos de saber más– de escribir sus memorias, para ordenar la multitud de experiencias y recuerdos que había ido acumulando, lo cierto es que su prematura muerte nos privó de un testimonio que, sin duda, hubiese sido de excepcional valor, no sólo para sus incondicionales, sino también para los historiadores, por todo lo que nuestro protagonista vio y contó. Sin embargo, sí dejó multitud de apuntes autobiográficos en documentos de tipo privado (fundamentalmente, su correspondencia) y público, donde encontramos, desperdigados aquí y allá, cantidad de datos que permiten reconstruir un retrato tal vez parcial, pero bastante aproximado a lo que nuestro hombre pensó y sintió en distintos momentos de su vida.

Esa necesidad de cubrir un vacío de su biografía, de saciar la curiosidad de quienes han leído alguna novela suya y se han preguntado, alguna vez, por la persona que había detrás del personaje,

es la que nos ha llevado a embarcarnos en la aventura de reunir, en un solo volumen, las mejores entrevistas que el autor de *La barraca* concedió a lo largo de su vida. No con una finalidad erudita, de anticuario o coleccionista, sino todo lo contrario: con el objetivo de *oír*, a través de sus propias palabras, la voz de un hombre al que, por sorprendente y contradictorio que parezca, todavía no hemos escuchado lo suficiente. En este sentido, no deja de ser paradójico que alguien como Blasco, que durante sus años como político en Valencia (finales del siglo XIX y primeros compases del XX) fue conocido, básicamente, como un agitador de masas, capaz de convocar a miles de personas con sus discursos en la plaza, todavía permanezca silenciado, noventa años después de su muerte, por una historiografía que sigue dejándole al margen del canon de la literatura española, donde su nombre debería ocupar si no un lugar preeminente, sí, al menos, un espacio digno y de honor, acorde a lo que en su día representó su obra.

Pese a ser localmente recordado como político (fundó y dirigió un partido, republicano, que dominó la ciudad de Valencia durante el primer tercio del siglo XX, en pleno período de la Restauración borbónica) y mundialmente conocido como novelista, lo cierto es que el vínculo de Blasco Ibáñez con la prensa periódica fue siempre muy intenso. Ya en 1882, año en que ingresó en la Universidad de Valencia para estudiar, un poco por imposición familiar y un poco porque era lo

normal en la época, la carrera de Derecho, publicó su primer texto –un relato en valenciano titulado «La Torre de la Boatella»– en el *Lo Rat Penat*, almanaque literario que dirigía Constantí Llombart, líder –junto con Teodor Llorente– del movimiento cultural valencianista de la *Renaixença*. Un año después, el propio Blasco fundó los semanarios literarios *El Miguelete* y *Turia*, de existencia fugaz. Durante los años siguientes, siguió colaborando en cabeceras como *El Correo de Valencia* o el «Almanaque» de *Las Provincias* y creó dos nuevas publicaciones, de ideología republicana federal: el periódico *La Revolución* (1887) y el semanario *La Bandera Federal*, cuyo primer número apareció en 1889.

Fueron, la mayoría, aventuras de escasa resonancia editorial y de vida necesariamente efímera que, sin embargo, le sirvieron para familiarizarse con el mundo de la prensa periódica, en el que desembarcó, esta vez para quedarse, en 1894, cuando fundó *El Pueblo: diario republicano de la mañana* (más adelante rebautizado como *El Pueblo: diario republicano de Valencia*), que él mismo dirigió durante sus primeros años, hasta 1906, cuando dejó el cargo en manos de su amigo y colaborador, el periodista valenciano Félix Azza-ti. En *El Pueblo* convergieron las tres líneas de actuación en las que Blasco se desenvolvía por aquel entonces: política, literatura e información crítica, sin obviar la labor culturizadora, tan necesaria desde la perspectiva republicana que él siempre

defendió. Por eso, el citado diario fue para él no sólo un empeño personal, en el que se dejó el dinero y la salud, sino una escuela de periodismo, pues, como confesó en más de una ocasión, los escasos recursos económicos de los que disponía le obligaban a escribir la mitad del periódico, cuando no lo tenía que escribir prácticamente entero... Lo positivo de aquellos años de lucha fue que, además de aprender el oficio de forma autodidacta y de tener un altavoz propio en la ciudad del Turia (en el folletín de *El Pueblo* fue donde aparecieron, por entregas, las novelas valencianas que luego publicó en libro y le dieron tanta fama), terminó de enamorarse de la prensa, que Blasco siempre vio como un instrumento de comunicación potentísimo, capaz de llegar a las masas y de poner patas arriba la opinión pública de un país, como había hecho su admiradísimo Émile Zola con el famoso alegato «J'accuse...», aparecido el 13 de enero de 1898 en el diario parisino *L'aurore*, en pleno proceso contra el capitán Alfred Dreyfus.

Si bien es verdad que Blasco concedió entrevistas e hizo declaraciones desde muy pronto, no es menos cierto que fue a partir de la segunda década del siglo XX cuando el personaje adquirió una dimensión inequívocamente internacional, sus relatos fueron traducidos a varias lenguas y su voz empezó a ser escuchada, no sólo en Madrid, donde no era extraño encontrar su nombre en portadas de periódicos y suplementos literarios, sino también fuera de España. De hecho, se puede decir

que, tras la etapa del Blasco «valenciano» (última década del siglo XIX) y la del Blasco «madrileño» (primera década del siglo XX, redondeando las fechas), llegó la etapa del Blasco «internacional»: del escritor cosmopolita que se lanzó, con todas las consecuencias, a la conquista del mundo. No es casualidad que apareciese entonces una vertiente del personaje que no se había desarrollado hasta esa fecha o, si lo había hecho, apenas había tenido eco. Nos referimos, claro está, a su faceta como conferenciante internacional y como una especie de embajador de lo español fuera de nuestras fronteras. Desde este punto de vista, somos conscientes de que el «cargo» puede resultar, quizá, algo exagerado, pero en absoluto lo es si tenemos en cuenta que, desde 1910 y hasta su muerte, Blasco Ibáñez fue, sin ningún género de dudas, uno de los escritores que más entrevistas concedieron a medios de comunicación de todo el mundo. En España y fuera de España, su opinión sobre los temas más distintos que se puedan imaginar era reclamada como la de un hombre respetado y querido, a quien siempre merecía la pena escuchar, independientemente de que sus juicios, a menudo impulsivos y vehementes –pero siempre sinceros y honestos–, fuesen más o menos acertados.

La autobiografía fragmentaria de Blasco Ibáñez que podemos reconstruir siguiendo el hilo conductor de estas entrevistas empieza, precisamente, en 1910, con un par de textos –publicados uno en España (*Heraldo de Madrid*) y el otro en

la Argentina (*Gestos y gustos*)— que datan de esos años del Blasco «americano» (o sudamericano, en este caso), pues, aunque nuestro hombre ya había viajado mucho antes, jamás había cruzado el Atlántico hasta 1909, cuando realizó su primera travesía hasta Argentina como conferenciante. Volvería a dicho país sólo un año más tarde, en 1910, llevando consigo un libro monumental* y aventurándose en una empresa agrícola que significó uno de los pocos fracasos de su, en general, muy exitosa vida (a Blasco le faltaron la paciencia y los recursos necesarios para ver culminado su gran proyecto colonizador), lo que le obligó a abandonar la Argentina en 1914, totalmente arruinado, para no volver jamás a un país de cuyas gentes, no obstante este episodio, siempre habló maravillas.

No sucedió lo mismo con París, ciudad omnipresente en la vida de Blasco Ibáñez y, por ello, en esta antología, donde estuvo por primera vez en 1890, y adonde regresó con cierta frecuencia, debido a sus continuos problemas con las autoridades políticas españolas, a su deseo de estar cerca de Elena Ortúzar (aristócrata chilena a la que había conocido en Madrid y con la que había iniciado una relación en 1906) y, por qué no decirlo, al indisimulable amor que la ciudad de la luz siempre le inspiró. Desde la Primera Guerra Mundial, fijó allí su residencia, para estar más cerca de la acción (quiso simbolizar, así, un apoyo al bando aliado,

* *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editorial Española Americana, 1910.

del que, por otra parte, también pretendió sacar un rendimiento económico, como demuestra su correspondencia con sus socios de la editorial Prometeo) y como una excusa, también, para estar en el lugar en el que, según manda la tradición, debía vivir cualquier escritor o artista internacional que se preciara de serlo. Desde esta perspectiva, resulta muy interesante seguir la relación de amor/odio que Blasco Ibáñez mantuvo siempre con España (de amor a lo que a él le hubiese gustado que fuese España y de odio a lo que constataba que era), cosa que podemos hacer a través de sus idas y venidas desde París, donde, como él mismo se encarga de recordar en las entrevistas que le hacen en Madrid, respiraba una libertad y un ansia de cultura inconcebible en un país analfabeto en el que los toreros eran aplaudidos y coreados.

Como no podía ser de otra forma, también está presente aquí, y de qué manera, la pasión de Blasco Ibáñez por el cine. Desde que en 1916 se estrenara la versión cinematográfica de su novela *Sangre y arena*, el interés de nuestro protagonista por el mundo del celuloide fue siempre *in crescendo*. El tremendo suceso que fue la traducción al inglés de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, publicada en los Estados Unidos en 1918 (libro más vendido en aquel país durante el año 1919, ni más ni menos)*, no hizo sino aumentar la fascinación de Blasco por el séptimo arte, como

* *The Four Horsemen of the Apocalypse*, New York, E. P. Dutton&Company, 1919.

se desprende de algunas de las declaraciones recogidas en este volumen. Aunque tuvo que esperar hasta octubre de 1919 para viajar por primera vez a los Estados Unidos, invitado para dar una gira de conferencias por el país, su llegada a territorio norteamericano coincidió con el extraordinario éxito de su novela e hizo que se reavivara, en él, el interés por el mundo del cine. Entre unas cosas y otras, permaneció en el país durante más de medio año, hasta julio de 1920, dándose un auténtico baño de masas, inconcebible para cualquier escritor europeo (no digamos español) de la época y entrando en la industria de Hollywood por la puerta grande. Fueron meses intensos, de una actividad frenética, en los que fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad George Washington, firmó contratos con editoriales, periódicos, productoras de cine... Todo lo que imaginen se queda corto.

A pesar de que ganó muchísimo dinero, tuvo que buscar nuevas aventuras, como correspondía a un hombre inquieto y emprendedor, cuya cabeza era un manantial en ebullición del que no paraban de brotar infinidad de proyectos e ideas, a veces geniales, a veces rocambolescas. Instalado cómodamente en Fontana Rosa, la villa que se compró y acondicionó en la Costa Azul francesa, al lado de Montecarlo, dedicó sus últimos años a escribir novelas de valor literario menor (en comparación con las anteriores) y, haciendo gala de su irrenunciable republicanismo (fue un admirador confeso de los logros de la Revolución francesa

y de la divisa —«Liberté, Égalité, Fraternité»— de la *République*), se reenganchó a la actividad política y escribió panfletos incendiarios a favor de la República y contra la corrupción del sistema canovista, la dictadura de Primo de Rivera y, por supuesto, la monarquía de Alfonso XIII, raíz de todos los males. Entre novela y novela, todavía tuvo tiempo para una última locura y se dio el lujo asiático de dar la vuelta al mundo en un gran crucero, el *Franconia* (no se conoce la documentación que nos permita verificarlo, pero no es descartable que el viaje fuese subvencionado por el *trust* del magnate de la prensa estadounidense William Randolph Hearst, interesado en publicar sus impresiones de viaje en los Estados Unidos), con el que recorrió todo el globo, presumiendo de su ocioso estatus de escritor millonario y, de paso, recabando datos y descripciones con las que luego elaboró ese gran fresco que es *La vuelta al mundo de un novelista*, a medio camino entre el diario y la crónica de viajes.

Como se desprende de la entrevista que concedió a la revista *Nuevo Mundo*, publicada el 10 de febrero de 1928, pocos días antes de morir, y pese a que él mismo admitía a su interlocutor que debía cuidarse, como si presagiara que la salud le iba a traicionar muy pronto, todavía seguía hiperactivo, barruntando mil proyectos y ordenando, mentalmente, la cantidad de libros que le quedaban por escribir. Mucho más que ser diputado en las Cortes (cosa que le aburría soberanamente), que

dirigir una editorial (cosa que le enervaba, cuando las cuentas no cuadraban) o que fundar pueblos al otro lado del mundo (cosa que le resultó más difícil de lo que presumía), lo que verdaderamente le gustaba, hasta el punto de no poder vivir si no lo hacía, era inventar personajes y contar historias. Influido, como siempre estuvo, por sus voraces lecturas de juventud, nunca renunció al contagio de las ideas románticas, por lo que terminó siendo –como se desprende, también, de algunas de sus entrevistas– un idealista y un mitómano empedernido. No sólo admiraba a políticos, literatos o militares, sino que, en muchos de sus gestos y de sus declaraciones, se adivina una clara tendencia a la mímesis, que delata su deseo de convertirse, él también, en una especie de mito.

Blasco Ibáñez quiso guiar a las masas y las guio, quiso convertirse en novelista de éxito y se convirtió, quiso comerse el mundo y se lo comió. Fue un hombre inteligente y calculador, trabajador y abnegado, entusiasta y arrebatado. Es probable que, más de una vez, le perdiera su ambición desmesurada por ir siempre un paso más allá, o que, en un momento concreto de su vida, el dinero se le subiese a la cabeza –como le censura Manuel Bueno en su entrevista– y le hiciese pecar de soberbio, cuando nunca lo había sido. Nadie niega que tuviese defectos, pero, posiblemente, esos defectos, tan humanos, son justamente los que nos aproximan, incluso más, a su persona. Como sintetizó maravillosamente Julio Camba al preguntarle por él con

ocasión de su muerte, admiramos a Blasco Ibáñez «a pesar de todo. A pesar de su genio y a pesar de su éxito. A pesar de que algunos no le admiren y a pesar, también, de que le admiren tantísimos»*.

En definitiva, basta con leer esta serie de entrevistas para penetrar en su ser humano y percatarse de que, en el fondo, Blasco fue un hombre feliz que renunció a muchas cosas y lo sacrificó todo a la escritura porque, como él mismo admite en una de las entrevistas aquí reunidas, vivía habitado por «el demonio de la novela».

Sobre esta edición, los textos que componen esta antología son transcripciones realizadas a partir de la versión original aparecida en los periódicos, semanarios y revistas de la época. Son nuestras las traducciones de aquellas entrevistas que, originalmente, fueron publicadas en francés o en catalán.

En *Blasco Ibáñez: 1867-1928***, catálogo de la exposición que, con el mismo nombre, se celebró en el Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat, el profesor Javier Varela, editor de la obra, comisario de la exposición y director del MuVIM en aquella fecha, incluyó una primera recopilación de entrevistas, cuya consulta nos ha

* Francisco Almela y Vives, «Unas cuantas opiniones sobre Blasco Ibáñez», en *Mundo Gráfico*, núm. 1147, 25 de octubre de 1933, p. 13.

** Javier Varela (dir.), *Blasco Ibáñez: 1867-1928*, 2 vols., Valencia, Diputación de Valencia, 2011.

resultado de gran utilidad. Sin embargo, el libro que el lector tiene en sus manos es el primero de esta naturaleza que se publica, pues no existía una recopilación tan amplia y tan variada de las conversaciones que Blasco Ibáñez mantuvo con los periodistas a lo largo de su vida. Tras varios meses de trabajo, recopilando fuentes en distintos archivos, hemos hecho una selección representativa –que abarca temas muy distintos y cubre casi tres décadas– con las veinticinco que nos han parecido mejores, publicadas en hasta dieciséis medios diferentes. Lejos de limitarnos al ámbito nacional, hemos querido reflejar la presencia de la voz de Blasco Ibáñez en el panorama internacional, por lo que hemos seleccionado, también, entrevistas concedidas por el escritor a medios de prestigio no sólo en España, sino también en Francia, Argentina, Cuba y Estados Unidos. Si no hemos incluido más es porque, sinceramente, ni son mejores que las publicadas en España, ni son más fiables... De hecho, es ilustrativo del «peligro» que tienen para el lector las supuestas entrevistas concedidas por Blasco en otros idiomas (muchas veces ni siquiera eran entrevistas, sino declaraciones entremedilladas) esto que señalaba Jorge Hermida en un artículo en el que se refería a «esas entrevistas extrañas que se atribuyen a Blasco Ibáñez y que, invariablemente, tienen que resultar apócrifas porque el novelista no entiende una palabra de inglés y no hay entre los cronistas neoyorkinos quien entienda el español, de modo que los intérpretes

—por regla general descuidados— llevan el peso de tales ‘entrevistas’»*. Por último, queremos hacer constar, igualmente, que la mitad de estas entrevistas permanecían inéditas en formato libro hasta la fecha, de manera que se publican ahora por primera vez, por lo que muchos lectores y admiradores blasquistas podrán disfrutar de un material de hemeroteca al que, de otra forma, les hubiese resultado muy difícil acceder.

EMILIO SALES Y FRANCISCO FUSTER

* Jorge Hermida, «Baturrillo neoyorkino», en *Cine-Mundial*, vol. V, abril de 1920, p. 394.